

**Domingo XXIII-B**  
**ASOMBRO Y MISIÓN**  
**Padre Pedro José Ynaraja Díaz**

**TEXTOS**

***Isaías (35,4-7a):***

*Decid a los cobardes de corazón: «Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará.» Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantar. Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa el páramo será un estanque, lo reseco un manantial.*

***Santiago (2,1-5):***

*No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo. Por ejemplo: llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos; el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís: «Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.» Al pobre, en cambio: «Estáte ahí de pie o siéntate en el suelo.» Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que lo aman?*

***San Marcos (7,31-37):***

*En aquel tiempo, dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo: «Effetá», esto es: «Ábrete.» Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»*

**COMENTARIO**

Hay una actitud genuinamente humana, o dos según se considere, que no posee ningún otro ser viviente, planta o animal, que olvidamos o ignoramos con frecuencia, siendo el motivo de que nuestra condición, en el marco de la cultura, poco a poco se vaya degradando nuestra personalidad. Me estoy refiriendo a la capacidad que tiene el infante de maravillarse y la del adulto de asombrarse. He sido afortunado en estos aspectos. Pienso con frecuencia en la experiencia que viví cuando mis padres, cumplidos los diez años, me llevaron a ver por primera vez el mar. En la escuela había aprendido la extensión de los continentes y la de los océanos, qué era una isla, un ismo, un golfo y un lago. Un montículo, una colina, una sima y una montaña. Sabía de carretilla las definiciones de todos ellos, pero no

era capaz de imaginármelos y saber cómo pudiera ser su realidad. Mirando por la ventanilla del tren, lo recuerdo muy bien, que al divisar la ría le pregunté a mi madre ¿es esto el mar?. Todavía no, me contestó. Parado el tren en la estación, me llevaron de inmediato al rompeolas. Han pasado 78 años y aún conservo en mi memoria muy bien guardada, la imagen que ante mi estaba viendo. Pese a no haber olvidado las definiciones, estaba asombrado. Hoy sé definirlo así, en aquel momento estaba exclusivamente fascinado.

Había contemplado unos años antes una aurora boreal. Recuerdo muy bien, aunque tenía sólo 5 años, aquella visión. Me asombró de tal manera aquel cielo llameante, que llegué a pensar que había sido un sueño: Consulto ahora Wikipedia y compruebo que el recuerdo coincide con los detalles de espacio y tiempo que la enciclopedia ofrece.

Me extasió el mar, también la aurora boreal y con menos espectacularidad, pero con mayor profundidad, el primer enamoramiento. Más que deslumbrarme, tales hechos me maravillaron. Estoy contento y agradezco a Dios que me ofreciera desde joven estos dones. Enriquecen y prepararon mi mente para ser capaz de captar asombrado la bondad de Dios.

Estudié catecismo de pequeño, apologética en 5º de bachillerato y teología en el seminario, pero hoy lo que más domina mi actitud respecto a la Trascendencia es la bondad que conmigo tiene, o si se quiere y me gusta repetir, la asombrosa imaginación de Dios, a la que mi querida gente del Cottolengo llaman siempre la Divina Providencia y yo nunca corrijo tal acertada expresión.

La reflexión de Isaías que recoge la primera lectura de este domingo, nos prepara para que al leer el evangelio, comprendamos que aquellas gentes, al estar con el Maestro **"en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien»**.

Maravillarse y asombrarse exige humildad. De niño a uno le resulta fácil pasmarse. Sus pulmones espirituales se ensanchan entonces. La grandeza del mar, la belleza del firmamento y el amor ingenuo de la chiquilla, educaron mi sensibilidad y gracias a ella soy más seriamente feliz que si hubieran tenido siempre en mis manos un montón de juguetes .

Os propongo, queridos lectores, que ahora cerréis los ojos y os examinéis de vuestra capacidad de asombro.

No busquéis creer en Dios, ni pretendáis entenderlo, que implícitamente supone el orgullo de sospechar que es posible dominarlo. Preguntaos más bien ¿el Amor de Dios me asombra? Tal vez os sorprendáis al principio, pero si lo meditáis serenamente, descubriréis que tal Amor supera cualquier otra experiencia que podáis haber vivido.

La segunda lectura no necesita comentario. Será bueno recordar que hasta hace poco, en muchas localidades de esta decadente cultura occidental, con motivo de las fiestas patronales, se reservaba a las autoridades un lugar eminente o que en las mismas fiestas de la inauguración de la ordenación sacerdotal, en las llamadas "misas nuevas" o "canta misa" se encargaba a "acomodadores" que condujeran a los que iban entrando, a los lugares reservados, de acuerdo con su categoría social. Me intriga siempre el dicho del Señor, cuando le anunciaron que había llegado su Madre y sus hermanos (Lc 8,19)

Vuelvo al texto evangélico de la misa de hoy. El asombro de las gentes obliga a que su actitud no sea exclusivamente de admiración, que la sienten sin duda. Pese a lo que el Señor les recomiende y pero que sabiendo que en su interior le satisfará,

esta humilde gente, para que otros también confíen en su bondad: "**cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos**".

Las normas de la autoridad civil obligan en ciertas ocasiones a confinar nuestros cuerpos en el propio domicilio, sin salir de casa. Parece ser que paralelamente, creen algunos que la Fe la deben confinar en sus ocultas conciencias. No hay que olvidar que un cristiano si no es misionero, es un fiel discapacitado parcialmente. Y de esto debemos someter a examen nuestro espíritu y si no cumplimos, confesar nuestra omisión, para que la Gracia sacramental nos ayude a convertirnos.